

Trilogía de la culpa

COLECCIÓN
LITERADURA

Mario Lacruz

Trilogía de la culpa

El inocente

La tarde

El ayudante del verdugo



Primera edición: abril de 2009

© Sucesores de Mario Lacruz, 2009

© de los textos en apéndice: sus autores

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2009
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas públicas de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

ISBN: 978-84-96601-65-9

Dep. Legal:

Maquetación de interiores: José Ramírez

Cubierta y diseño editorial: Oriol Alcorta y José Ramírez

Motivo de la cubierta: Mario Lacruz con quince años, 1944. (Archivos familiares)

Impresión y producción gráfica: Gramagraf

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El inocente

«Inconscientemente, tenía un sentimiento de culpa por algo, por algún delito olvidado, que no era menos grave por el hecho de no acudir a mi memoria: sin duda por ello me resultó imposible, desde el principio hasta el fin, quejarme o sublevarme contra mi destino.»

FRIGYES KARINTHY

Primer movimiento
ANDANTE

Uno

Suspiró profundamente y se recostó en el asiento, alisando con la mano el borde del abrigo. Las puntas de los dedos recorrieron de un modo automático el tejido de colores discretamente pálidos; era su mejor abrigo de entretiempo.

Le gustaban los tonos opacos y, como decía Sebastián, el sastre, «el dibujo poco decorativo». A veces, las deliberaciones que sostenían Sebastián y él ante una tela hubieran podido tomarse por la discusión de dos expertos ante un lienzo maestro. Sin embargo, bastaba una ojeada a su persona para que en todas partes fuera anunciado con la misma frase invariable: «Está aguardando un caballero.» Sebastián sostenía, con modestia profesional, que se limitaba a «adaptar la ropa al cliente, a su psicología, ¿comprende?, procurando no romper el equilibrio necesario». El día que Sebastián terminó el abrigo —el mejor de sus abrigos de entretiempo— llamó al primer cortador y ambos estudiaron el resultado. «¿Sabe usted que es algo endiabladamente bello?», dijo Sebastián con su gesto exuberante repetido en el triple espejo.

Suspiró de nuevo mirando los árboles que cruzaban velozmente por la ventanilla del coche. Los otros dos ocupantes permanecían silenciosos. Sabía —lo sabía antes de que comenzara todo como en una prevista pesadilla— que serían dos los agentes; también el coche entraba en sus cálculos. Sólo la cara del que estaba a su lado era distinta de lo que cabía imaginar: una faz aniñada, en desacuerdo con su estatura gigantesca y su vigor extraordinario. El otro agente, el que conducía, era un hombre maduro. Podía ver parte de su frente, nariz y ojos en el espejo retrovisor.

No lo habían esposado. Se habían comportado de un modo firme, cortés, y cuando él se rezagó para recoger el sombrero y el bastón no se opusieron. La visita de los dos policías no le había sorprendido. Había despertado por la mañana con una sensación de desgracia que no pudo apartar de sí ni combatir. Era algo más que un presentimiento; sabía de antemano que la espera no sería larga. Lo que no podía precisar era el motivo de que aguardase aquella visita. «Es algo desconcertante», pensó, «como cuando se contempla un tablero de ajedrez, y a ratos parece que se trata de una sucesión de cuadros negros pintados sobre un fondo blanco, y otras veces son cuadros blancos sobre un fondo negro; como esos polígonos dibujados en las baldosas, cuyos ángulos apuntan tan pronto hacia fuera como hacia dentro.» Pensaba en las empleadas del hotel, que le dirigían miradas penetrantes cuando bajó acompañado por los dos policías, y la turbación del dueño cuando fue a pagar su cuenta.

—La ha pagado este mediodía, señor Delise, ¿no recuerda? Cuando se marchó su criado con el equipaje...

—¡Ah, es cierto! —había respondido demasiado tarde para enmendar aquel paso en falso.

El coche dio un salto brusco al rebotar en un desnivel. Virgilio Delise oyó la voz del que conducía diciendo algo por lo bajo. Estudió una vez más el fragmento de cara que se reflejaba en el espejillo. Era estúpido acordarse de Sebastián ahora que todo acababa de empezar, ahora que todo había concluido...

Se arrebujo en el abrigo, que llevaba echado por la espalda como una capa. Sus pensamientos volvían a Sebastián, el sastre, como un *impasse* al que fuera a desembocar una y otra vez. Recordó un pasaje del libro que leía de pequeño; el libro era la Biblia. Recordó con precisión el jardín de su casa y el rincón donde él leía la Biblia. «No, no», pensó. Cuidadosamente hizo otro esfuerzo para concentrarse; se trataba de una visita que él debía aguardar. Dos hombres. Había pagado la cuenta del hotel y se había deshecho del equipaje. El sombrero estaba tirado en la cama, y dentro del armario sólo quedaba su mejor gabán de entretiempo. Él había esperado junto a la ventana. Ellos fueron muy corteses; no lo habían esposado. Apenas cruzaron media docena de frases convencionales. Silenciosamente, él los había seguido al coche.

—Oiga —dijo el policía que viajaba a su lado—. ¿Se encuentra usted mal?

Delise pensó: «¡Oh, mi pequeña Fioreya...!», y miró al otro lentamente.

—Perdón. ¿Cómo ha dicho?

—Si se siente enfermo.

—¡Oh, no!

—Oiga, si se encuentra mal de veras...

—¡Oh, no!

Delise intentó sonreír. Era muy atento; un policía extrañamente atento. Sin embargo, pensó, era la primera vez que trataba con un policía en semejantes condiciones y no podía aventurar una comparación. Si dejaba de pensar en las respuestas que no acudían a su mente, la angustia disminuía. Delise se dio cuenta y terminó de construir su difícil sonrisa.

El coche avanzaba ahora velozmente, y los árboles, que estaban más distanciados a ambos lados de la carrerera, pasaban ante las ventanillas abiertas con un susurro parecido al viento.

—Creo que lo he visto a usted en otra ocasión —le dijo, por fin, al policía joven—. Antes no me había fijado.

—Sin duda —exclamó el policía más viejo, el que conducía—. ¿Es usted aficionado a los deportes, Delise? La fotografía de este

chico estaba en todos los periódicos deportivos hace dos años. En la primera plana.

Se había vuelto al hablar, y Delise pudo ver su rostro completo. Era el de un hombre ligeramente burlón, uno de esos hombres ligeramente burlones que parecen complacidos en aceptar las cosas tal como se presentan; pero sus ojos tenían la dureza del que ha golpeado a más de un ratero. El hombre del gabán se sintió abatido al oírse llamar Delise a secas; aquello significaba que la desgracia lo había alcanzado plenamente. «Bajaré del coche cuando lleguemos al término del viaje, y todo se cerrará detrás de mí como la cubierta de un libro una vez concluida la lectura.» Le preocupaba que el policía le hubiera llamado Delise, suprimiendo el tratamiento como algo superfluo ahora que no eran más que cazador y presa. «Tal vez ha querido ser un cumplido», pensó recordando que a los hombres famosos se les suele designar por el apellido a secas. Ensayó mentalmente: «¿Es usted aficionado a los deportes, Stravinski? ¿Y usted, Schopenhauer?» Absurdo. Y de todas formas, él no podía considerarse un hombre famoso.

—¿En los periódicos deportivos? —preguntó.

—Rugby —dijo el policía más viejo, apartando otra vez los ojos de la carretera—. Un verdadero campeón. Defensa, ¿verdad?

—¡Ah! —dijo Delise enarcando las cejas.

El policía joven asintió con la cabeza. No pudo evitar una mirada rápida a su pierna, al lugar en que un diminuto pedazo de plata sustituía un pedazo de hueso. «Siempre me delato», pensó el policía joven, contrariado. «En la jefatura acabarán por descubrirlo.» Muy pocos sabían que tenía un pedazo de plata en la rodilla, y él andaba tan erguido que nada se notaba a simple vista; pero había tenido que abandonar el rugby, y cuando ingresó en el cuerpo de policía temió no pasar el examen médico.

—Pero no en la primera página de los periódicos —dijo—, sino en las centrales. Seguramente hubiera llegado a primera plana si... El entrenador opinaba que...

Delise tenía los ojos fijos en el cuadro de velocidad, observando las oscilaciones de la aguja lleno de sombríos presagios. La

marcha era cada vez más apresurada. Habían llegado a la carretera principal, nivelada y recta, cuyos bordes formaban un ángulo perfecto en el horizonte. Ahora, el policía más viejo no hubiera podido apartar los ojos de la carretera impunemente. Delise pensó en el tobogán por el que se deslizaba siendo niño los domingos por la mañana en el parque de atracciones y el espanto con que veía aproximarse la boca de los túneles; se encogía todo lo posible en el frágil asiento y gimoteaba como un necio al ver los orificios oscuros sin atreverse a mirar a su padre, que los desafiaba con toda la arrogancia de su tamaño. No era su padre, en realidad, sino el hombre con quien la señora Delise se había casado por segunda vez. Le obligaban a llamarle padre; él a duras penas recordaba al suyo, Matías Delise. Aquel hombre arrogante se llamaba Loreto Montevidei (tenía nombre de mujer y se reía por este motivo) y era el padre de la pequeña Fioreya; también se reía cuando el pequeño Virgilio se asustaba en el tobogán. Le obligaba a subir una y otra vez sin atender a sus protestas. Decía que era el mejor remedio para dominar el vértigo; pero en cierta ocasión tuvo que sujetar al niño, que forcejeaba desesperadamente para saltar al vacío.

Comenzaba a anochecer. Los árboles habían desaparecido de las ventanillas, y las colinas perfilaban sus contornos contra un cielo nublado y quieto. Las nubes estaban muy altas; no llovería. La carretera se fue convirtiendo en una pista descolorida por la que ellos se deslizaban cada vez más aprisa. Delise volvió a percibir la humedad de su frente y, al buscar en su bolsillo un pañuelo para enjuagarla, advirtió que el cuerpo del policía joven se ponía tenso. Inconscientemente tuvo la primera idea de saltar. El otro policía tarareaba en voz baja. De cuando en cuando encendía un cigarrillo con el resto del anterior, sin dejar de escrutar la carretera. Delise se esforzó en pensar en Sebastián, la cuenta pagada del hotel y los cuadros blancos y negros del tablero de ajedrez. Su esfuerzo era inútil; tan inútil como pretender levantar un peso presionando hacía abajo. Se hallaba sumergido en un mundo de puras sensaciones donde los razonamientos eran tan ineficaces como un idioma extranjero en un país desconocido.

Este mundo avanzaba con velocidad por la carretera.

Los coches circulaban con los faros ya encendidos, y el rostro del policía viejo se iluminaba a intervalos en el espejo retrovisor. Los residuos de sus cigarrillos volaban por la ventanilla delantera, trazando curvas brillantes que se perdían hacia atrás.

Junto a la carretera nacía un acantilado profundo, y no había alambre protector. Llegaron a un recodo desde el que podía verse la línea confusa del mar bajo una larga franja brumosa. La brisa —una brisa artificial producida por la velocidad del coche— arrastraba olor de embarcaciones. «Ya falta poco para llegar», se dijo Delise; «sólo quedan unos minutos.» Los dos policías hablaban entre sí, pero él no escuchaba. Oteaba disimuladamente a través del parabrisas, esperando ver de un momento a otro las primeras luces de la capital. Pero todo estaba oscuro, como las bocas de los túneles que le aguardaban inevitablemente en la pendiente del tobogán. Lanzó un breve jadeo, y el policía joven se volvió a él. El más viejo acechaba con la mitad de su rostro desde el espejo retrovisor.

—¿Qué le pasa, Delise? —preguntó.

Se hizo un largo silencio, durante el cual Delise miró a los dos policías alternativamente y desvió su mirada como si escuchara con atención un sonido débil.

—Tiene mal aspecto —manifestó el policía joven—. Está pálido y sudando. No ha parado de sudar en todo el rato, y de jadear. Oiga. ¿Qué diablos le pasa? ¿Crees tú que hace una temperatura como para sudar, Selbi? —el más viejo rebuscaba en sus bolsillos, pero no encontró lo que deseaba; alargó la mano hacia atrás, sin dejar de observar el volante, esperando el cigarrillo que el policía joven tenía que alargarle—. Nuestro entrenador era partidario de hacernos sudar, pero siempre decía... Oye, Selbi, algún día me explicarás cómo piensas ahorrar fumando de esa manera —el más viejo soltó una risita que parecía ser algo inherente a su persona—. Creo que, cuando tú consigas ahorrar, las ranas echarán pelo. ¿Está mareado, Delise? No ha parado de sudar y jadear desde que hemos salido. Yo solía estar un poco mareado antes de jugar un partido,

pero en cuanto notaba la pelota en las manos me pasaba al instante y veía el campo con más claridad.

—Me encuentro bien —dijo Delise.

Deslizó una mano por la tapicería, cerca de la ventanilla. Mantenía la boca rígidamente apretada, y a través de los párpados entreabiertos medía la distancia que le separaba de la manecilla. No pensaba más que una sola cosa: «Es el final. Dentro de poco habremos llegado y entonces será demasiado tarde.» Le dolía horriblemente la cabeza. Deseaba encontrarse lejos: en la antesala de Sebastián, escogiendo una tela, o paseando por la playa con su cachorro dobermann, que parecía un perro de trapo. Recordó el día de la boda de Fioreya con Lucius Costa. Aquel día había deseado morir, extinguirse para terminar con aquel dolor insoportable.

Su mano recorrió unos centímetros en dirección a la portezuela.

Al nivel de su frente pendía una correa de cuero trenzado, corta, no más gruesa que la empuñadura de un bastón, para asirse en los vaivenes. Lentamente, cautelosamente, la mano de Delise se enroscó a la correa.

El policía joven vio que el detenido sujetaba su labio inferior entre los dientes y lo dejaba resbalar con cuidado; pero no se fijó en sus manos. Delise pensaba: «No debo mirarlo; está esperando que me vuelva, sabe que estoy evitando mirarlo.» Relajó los músculos del brazo.

La manecilla tenía un reflejo metálico del que no podía apartar la vista. Tres o cuatro centímetros desde la correa de cuero al reflejo atrayente; a Delise, no obstante, le parecía una distancia infranqueable. Delante del automóvil apareció el resplandor lejano de las luces de la capital.

—Estamos llegando —dijo Selbi—. Menos de hora y media. ¿Qué te parece?

Los dedos cayeron sobre el reflejo brillante de la manecilla. Delise inclinó el cuerpo para ocultar sus movimientos, aparentando interesarse en el resplandor que se distinguía a través del parabrisas. Pensó: «Es una suerte que la empuñadura esté a ese lado

de la portezuela y no al otro.» Sería fácil: un tirón rápido y el salto al vacío; la velocidad haría el resto.

El coche dio un bandazo, y unos faros de camión aparecieron frente al motor y pasaron rozando la carrocería. Los dos viajeros de atrás fueron proyectados contra el respaldo y luego de lado. Selbi braceó precipitadamente; sin soltar el volante ni aminorar la velocidad. Por fin enderezó el coche y dejó escapar un silbido.

—¡Maldito imbécil! —dijo—. Por poco...

Delise miró la mano que todavía sujetaba la portezuela; la mano que debía cortar —según había aprendido en los textos sagrados— si era obstáculo para entrar en el reino de los cielos, y respiró ahogadamente.

«¡Oh, Dios mío! He querido matarme», pensó. «He querido matarme.»

—¿Se ha asustado, Delise? —preguntó Selbi.

Delise contempló otra vez su mano. Era la misma que había sostenido el vaso —en el bar del hotel, aquel mediodía— poco antes de que el cristal resbalara de sus dedos y se hiciera añicos contra el suelo.

—¡Oh, cuánto lo siento! —había dicho Delise.

—No tiene importancia. ¿Es usted supersticioso, señor Delise? —el camarero sonreía, aburrido—. ¿Qué pueden significar unos cristales rotos: felicidad o desdicha? ¿Usted qué opina?

Mientras le servían otro vaso, Delise contempló la sala desierta, la chimenea apagada, el piano al fondo. La primera vez que visitó aquel lugar le gustó por el piano. Solía pasar allí los fines de semana en otoño y en primavera. El hotel estaba casi vacío en tales épocas, y no se oponían a que llevase consigo a su criado y utilizase el piano a su antojo, pues él lo hizo afinar. «Es un acaudalado señor», oyó decir una vez al dueño, «rico, ocioso y tal vez de salud quebrantada.» A Delise le gustaba el lugar porque no estaba demasiado lejos de la capital y los alrededores del pueblo eran apacibles.

Se acercó al piano, y con un dedo de la mano que sostenía el vaso pulsó notas sueltas. Luego dejó el vaso. El camarero, que

había salido un momento, oyó el piano desde la cocina y regresó sin hacer ruido; se detuvo junto a la puerta, apoyando los codos en una mesa y la barbilla en las manos. Delise ignoraba la presencia del camarero. Se levantó de pronto y apuró la bebida. Dejó una moneda y, sin aguardar la vuelta, se dirigió a la escalera.

—¿Se marcha ya? —preguntó la encargada del teléfono levantando los ojos de un libro.

—Todavía no.

Se sentó junto a la ventana de su habitación contemplando la calle. Un chiquillo, con su cartera de libros a la espalda, caminaba de la mano de una mujer. Había también un viejo con una pequeña ruleta de feria montada sobre un tonel, y dos muchachos discutiendo entre ellos y haciendo girar el aparato. El niño se resistía a caminar, y la mujer le dio un tirón. Los gatos callejeaban y se subían libremente a las sillas colocadas en la acera del hotel, ahora que el dobermann de Delise había partido en el coche mirando a su amo con extrañeza. Reclinó la cabeza en el sofá. En esta postura permaneció más de una hora sin moverse.

A no ser porque sus ojos estaban abiertos, se hubiera dicho que dormía profundamente. No obstante, sus ojos parecían en aquel momento una cosa muerta, transparentes y sin parpadear. Su cabeza estaba llena de música; unos compases pausados y monótonos, con largos silencios intercalados; algo así como la espera de un motivo que se anuncia cercano; era un sordo contrapunto de instrumentos de percusión. Luego se oyó el rumor de un coche y el golpe de la portezuela al cerrarse. Vio bajar a los dos policías y detenerse ante el edificio mirando arriba y abajo; los vio hablando con el portero y adivinó que iban a entrar en el vestíbulo. Se echó el abrigo por la espalda y abrió la puerta en el mismo momento en que el policía llamado Selbi levantaba el puño para llamar.

«¡Oh, Dios mío! He querido matarme», se repitió Delise ocultando el rostro entre las manos. No había podido resistir por más tiempo aquella situación fantástica: la espera de los dos agentes, el coche oficial y la certeza de que no volvería a ser dueño de su libertad apenas cruzara la puerta de la jefatura. Había intentado

matarse, como tiempo atrás en el parque de atracciones; aún podía oír la trepidación del tobogán martilleando su cerebro, como un sonido estridente que surgiera de una bóveda metálica. ¿O acaso era el ruido del camión, que se alejaba?

Estaban llegando a las afueras de la ciudad, y en las ventanillas se dibujaban los primeros bloques de edificios. El coche disminuyó la marcha.

—¡Eh, Selbi! —dijo el policía joven—. No olvides que a las ocho tengo una cita. No querrás buscarme un conflicto, ¿verdad?

El coche oficial desembocó en una calle que se dirigía al centro de la ciudad. Selbi maniobró pausadamente entre la algarabía de cláxones, tratando de alejarse del centro del tráfico. Torció en busca de una vía menos concurrida; obedeciendo a la luz roja de un semáforo, echó los frenos.

Delise vio cambiar las luces del semáforo, y en un instante —como el resplandor de una explosión de magnesio— le pareció que algo había cambiado. Si hasta aquel momento los rectángulos del tablero de ajedrez habían parecido negros sobre fondo blanco, ahora era al revés; algo había cambiado. La trampa se estaba cerrando, pero aún tenía una ocasión de eludirla.

Cuando reanudaron la marcha abrió la portezuela con una simplicidad no exenta de inconsciencia y se abalanzó hacia fuera.